

EL HOMBRE QUE PROYECTO EL EMPIRE STATE BUILDING

Más de 50.000 turistas suben cada año a la última planta del Empire State Building —375 metros de alto— para contemplar la agitada vida que la ciudad de Nueva York ofrece a sus pies. Este rascacielos es obra del arquitecto William F. Lamb, que cuando fué encargado para hacer esta obra recibió las siguientes instrucciones: «Edifique usted tan alto como pueda.» A lo que contestó: «Yo puedo hacer un edificio tan alto como el dinero de su sociedad y las leyes mecánicas lo permitan.» El resultado fué el edificio de oficinas, de 120 pisos, que, como se dice arriba, tiene una altura de 375 metros. Un mástil de televisión que se está colocando añadirá 60 metros más a la torre.

Más de 18.000 personas ganan su vida actualmente en este edificio; la mayoría son oficinistas, pero 214 de ellos están empleados justamente en la limpieza y conservación del edificio, y de estos 214, siete trabajan toda la jornada para limpiar sus 6.400 ventanas.

A pesar de las muchas dificultades técnicas

que llevó implícito el proyecto de esta estructura, y el hecho de que coincidió con la crisis económica mundial, el Empire State Building se inauguró en mayo de 1931, justamente a los trece meses después de la erección del primer poste metálico. Los ocupantes de los pisos bajos se instalaron antes de que el edificio estuviera cubierto.

El arquitecto Lamb ha proyectado también una serie de importantes edificios industriales en Norteamérica, y, durante la guerra, aeropuertos, bases navales, etc. La Asociación de Arquitectos de Nueva York le condecoró por su obra Empire State Building con la medalla de oro.

Aunque ha hecho muchas viviendas para otros, nunca ha querido proyectar su propia casa. «Si alguna vez lo hiciera —dijo— consultaría a otro arquitecto. No quiero correr con el riesgo de luchar diariamente con las mil pegas que me pondría mi familia si yo fuera su arquitecto.»

WALTER GROPIUS

El célebre arquitecto alemán, director y fundador de la Bauhaus, en Dessau, es actualmente, y desde hace doce años, director de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Harvard. Esta Escuela está dividida en tres secciones: Arquitectura, Urbanización y Paisajismo, y cuenta en la actualidad con 190 estudiantes. Los estudiantes de las tres ramas trabajan el primer año conjuntamente y en los años sucesivos se lleva a cabo un proyecto en combinación con un alumno de cada año de las tres disciplinas, para compulsar los respectivos puntos de vista y adquirir las enseñanzas que ello lleva aparejado.

El curso del primer año está dedicado al proyecto en sus bases generales, para aprender a apreciar y pensar en términos de espacio, forma y color.

La labor que está realizando Gropius en la Escuela de Arquitectura de Harvard es del mayor interés y está dedicada a poner a los futuros profesionales en el mayor contacto posible con la realidad. En el pasado, según su opinión, la arquitectura ha sido demasiado sinónima de la arqueología.

Después de doce años Gropius ha conseguido convencer a las autoridades que rigen los destinos de la Universidad de Harvard, de que no pueden seguir construyendo, para las nuevas necesidades, en su antiguo estilo georgiano, toda

vez que actualmente los requerimientos de la vida son muy diferentes.

En este sentido se han decidido ya a levantar el gran edificio de cuatro pisos para residencia de estudiantes, de acuerdo con las normas modernas; este edificio, aunque no está unido a la antigua Universidad, forma parte, sin embargo, del conjunto de ella.

Para Harvard, tan orgulloso de su estilo georgiano, de indudable encanto, este nuevo edificio que va a construir Gropius supone una experiencia interesante y se espera con bastante expectación su resultado.

Para llevarlo adelante Gropius ha formado un grupo con otros siete arquitectos, grupo que ha denominado «Los arquitectos unidos».

Continúa con su idea de que todo trabajo intelectual debe ser acompañado por el trabajo manual correspondiente, esto es, que el arquitecto debe estar en estrecho contacto y colaboración con las industrias de la construcción. Cerebro y mano deben andar siempre juntos.

Esta teoría es la que pone en práctica Gropius durante el curso. Los estudiantes tienen que estar todos los años de tres a cuatro meses en la obra como ayudantes de los oficiales de aquella, antes de que en cada curso reciban su aprobado. Estima el arquitecto alemán que esta práctica profesional es vital para la formación del arquitecto, que, de otro modo, se «seca» y convierte en un puro académico.